

Integración de personas con enfermedad mental



CARLOS CHICLANA

—Médico. Psiquiatra.
Doctor en Medicina
www.doctorcarloschiclana.com

A los sacerdotes también suelen acudir personas con una enfermedad mental. Cada una de ellas es alguien importante y busca una respuesta que no se la pueden dar en una asociación de enfermos, en una ONG o en los servicios sociales.

La caridad lo soporta todo, sí; pero, si a nuestra parroquia viene alguien con síntomas de enfermedad mental, la primera y mejor ayuda, la más caritativa, será ayudarle a que vaya al médico, para reducir los síntomas.

¿Cómo valoro yo la enfermedad? ¿Qué son para mí los enfermos? ¿Un problema o una solución? ¿Un freno o un acelerador? ¿Un motivo de fastidio o un motivo de amor?

Hablar de la enfermedad es hablar de amor, de sabiduría, de comprensión y de audacia. Es hablar de una historia personal, dinámica, en continuo crecimiento, un relato que vale la pena vivir porque, aunque sea incomprensible a ojos poco experimentados es una llamada particular, individual, que pertenece a la esencia de la persona llamada y así la inteligencia, el corazón, las acciones y las relaciones de cada día se sirven de ella para caminar hacia la felicidad.

Juan tiene un Trastorno Bipolar. Cuando se pone mal, maniaco y con síntomas psicóticos, cree que es Jesucristo. En una ocasión me abrazó y me susurro al oído: “¿Sabes quién soy?”. Contesté firme, tratando de leer en sus ojos la respuesta correcta, pero se perdían en el infinito: “Sí, tú eres Juan”. Él replicó: “No, soy Jesucristo, el Rey de los Judíos”. ¡Era una verdad como un templo! Él era Jesucristo, allí en el asfalto. Caí en la cuenta, me abrió los ojos y capté que tan fuera de la realidad cómo estaba me decía la Verdad. Juan enfermo era Jesucristo padeciendo.

El enfermo interpela y “exige” al sacerdote que saque lo mejor de sí mismo y tengan la fortaleza, templanza y prudencia suficientes para atenderle con altísima calidad. ¿Qué medios podemos poner para todo esto?

1. Establecer el ámbito personal de actuación del párroco, con prioridades en la atención de las personas, delegando lo que pueda hacer otro y que él haga todo lo que sólo puede hacer él (sacramentos, formación, etc.).

2. Tener a quién preguntar de manera rápida cuando tengamos dudas de cómo atender a una persona, de si presenta un proceso psicológico normal o patológico.

3. Actualizar con frecuencia en mi interior el valor de la enfermedad.

4. Tener un encargado de pastoral de la salud, que acoja a los enfermos, se haga cargo de cómo están, de sus necesidades, que escuche todo lo que pueda, organice los grupos, etc.

Entre la variedad de personas que acuden con mayor o menor frecuencia a cualquiera de las actividades de la parroquia, se cuentan a pocos enfermos mentales. No es fácil saber cómo tratarlos, y a veces ni siquiera lo es identificarlos como verdaderos enfermos.

5. Ayudarle a establecer unas expectativas adecuadas respecto a la parroquia, qué puede recibir: apoyo, escucha, formación, participar de la comunidad, sacramentos, ayuda material, etc.

6. Contar con la familia, sumarla al proyecto de integración, formarles, apoyarles, acogerles.

7. Formarle sobre el valor de su enfermedad para la Iglesia. Hacerles saber que se cuenta con su oración y sacrificio. Que no son un verso suelto o una nota desafinada.

8. Promover que participen de las actividades normales en la medida de lo posible y darles juego, con aportaciones materiales y servicios personales: pequeños encargos (colectas, flores, control puerta), limpieza, Cáritas, bancos de alimentos, visitas a otros enfermos, acompañamientos, coros, gestiones administrativas, etc.

9. Organizar grupos particulares (pastoral de la salud, oración, etc.).

10. Apoyarse en otros fieles de la parroquia que los acompañen, atiendan, formen, etc.

Lo interesante no es estar enfermo y ya está, sino la aceptación del sufrimiento como específica misión encomendada por Dios particularmente a una persona. Entonces, ¿el enfermo ha de dedicarse a vivir en su enfermedad, como en una torre de marfil? No, ha de salir de sí mismo, pero sólo podrá servir a los demás desde el conocimiento de sus limitaciones.

“Cuando este cuerpo está gravemente enfermo, totalmente inhábil y el hombre se siente como incapaz de vivir y de obrar, tanto más se ponen en evidencia la madurez interior y la grandeza espiritual, constituyendo una lección conmovedora para los hombres sanos y normales. Esta madurez interior y grandeza espiritual en el sufrimiento ciertamente son fruto de una particular conversión y cooperación con la gracia del Redentor crucificado” (Salvifici Doloris, 25).

Pedro, poeta y enfermo mental, llevaba una honda vida cristiana y resumía en dos versos la posibilidad de aprovechar su enfermedad: *“No te hablaré de mi enfermedad, te mostraré sus rosas”*.

Comprender y querer a un enfermo no es fácil. Una vía puede ser contar con lo que hay, con quien es de verdad, con la persona real y no con un enfermo ideal. Ayudar a la persona que acude a nosotros a permanecer en el Amor, amarse a sí mismo y servir a los demás precisamente con esa enfermedad. ■

Para formular preguntas o consultas a esta sección, se ruega escribir a: revistapalabra@palabra.es